



Juan Carlos Olivas



LAS VERDADES DEL FUEGO JUAN CARLOS OLIVAS

Juan carlos olivas

Las verdades del fuego



Colección
Lima Lee




JUAN CARLOS
OLIVAS

Juan Carlos Olivas

Nació en Turrialba, Costa Rica, en 1986.

Ha publicado los poemarios *La sed que nos llama* (EUNED; 2009); *Bitácora de los hechos consumados* (EUNED; 2011), por el cual obtuvo el Premio Nacional Aquileo J. Echeverría de poesía 2011 y el Premio de la Academia Costarricense de la Lengua 2012; *Mientras arden las cumbres* (EUNA; 2012), Premio de Poesía UNA-Palabra 2011, *El señor Pound* (EUNED, 2015), Premio Internacional de Poesía Rubén Darío 2013; *Los seres desterrados* (Uruk Editores; 2014); *Autorretrato de un hombre invisible* (Antología personal) (Editorial EquiZZero, El Salvador; 2015); *El Manuscrito* (Editorial Costa Rica; 2016), Premio de Poesía Eunice Odio 2016; *En honor del delirio* (El Ángel Editor; 2017), Premio Internacional de Poesía Paralelo Cero 2017 en Ecuador; *La hija del agua* (Amargord; Madrid, 2018); *El año de la necesidad* (Ediciones Diputación de Salamanca; Salamanca, 2018), Premio Internacional de Poesía Pilar Fernández Labrador,¿; y *Colección Particular –Antología personal* (Nueva York Poetry Press; New York, 2018).

Las verdades del fuego

Municipalidad de Lima

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Concepto de portada:
Melissa Pérez

Diseño y diagramación:
Ambar Lizbeth Sánchez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Festival Internacional Primavera Poética

Harold Alva Viale
Presidente de la Organización

Comité Consultivo
Carlos Ernesto García (El Salvador)
Roberto Arizmendi (México)
Omar Aramayo (Perú)
Leopoldo Castilla (Argentina)
Omar Lara (Chile)

Director Cultural
Sixto Sarmiento Chipana

Asesor de comunicaciones
Luis Miguel Cangalaya

Jr. Buenaventura Aguirre 395.
Of.: K. Barranco, Lima.

https:/web.facebook.com/fipperu2019/

Lima, 2020

Esta publicación es un esfuerzo entre la Municipalidad de Lima y Primavera Poética para las ediciones de la colección del programa Lima Lee.

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

LAS VERDADES DEL FUEGO

Otoño en Camden

Para Juan Pablo

Camino junto a mi hijo
por el cementerio de Harleigh.

Los árboles, como faros quemándose,
se agitan sobre el lago,
se quiebran en el reflejo
de las alas de los patos
y los nombres y fechas
que se ahogan en su orilla.

Buscamos la tumba de Whitman.
En el sendero, por cada paso que doy,
mi hijo da tres pasos;
no sabe que el tiempo es un compás
y que los años cambian los roles de los músicos,
como cambia de ritmo
el paso del caminante.

Pronto crecerá,
y seré yo el que tenga que seguirlo a él,
apurar el paso para caminar sobre las aguas,
hacer prodigios, o andar por las tumbas
hasta encontrar a un poeta desconocido
que acaso seré yo.

Ya habrá tiempo para que la muerte
pase su mano vetusta y llene de gris
el miedo y el recuerdo;
por ahora, somos relativamente jóvenes
y buscamos al padre de la poesía americana,
para tomarnos fotos y leer raros textos
que nos sabemos de memoria.

La vemos a lo lejos,
una pequeña casa hecha de piedra
escondida entre raíces y hojas secas.

El viejo Walt nos saluda
desde el frío que habita
en la extensa yedra de otros mundos,
y recuerdo aquellos versos que escribió:
«*porque cada átomo que soy te pertenece*».

Como ahora, pertenecemos a esta parte exacta
del otoño en Camden,
donde mi hijo
guarda una hoja de hierba entre su abrigo
y camina tres pasos
por cada paso que doy
hacia la música que flota
en el reverso del aire.

La leyenda del volcán

Nos desnudamos tanto
que los dioses temblaron,
que cien veces mandaron
sus lavas a escondernos.

Fabio Morábito

Solíamos dormir dentro del cráter de un volcán.
Íbamos, en vacaciones, a recoger arbustos,
a picar con guadañas la piedra del azufre.

La niebla se travestía en los muros naturales,
era una muchedumbre en las palabras frágiles
mientras tú y yo hilábamos la música del páramo,
nos daba por perdernos entre las fumarolas
hasta volver de noche a la misma tienda de campaña.

Ahí hacíamos el amor
hasta masticar la sangre,
hasta tenernos miedo y apartarnos

y la ceniza que éramos —no el polvo—
se mezclaba en el tiempo de otras fluctuaciones;
nos dejaba impregnados de una sal milagrosa,
nos desnudaba tanto hasta petrificar
lo que ahora llamamos memoria.

Fuimos dueños de lo voraz
y de la gracia trémula
de alguien que vuelve intacto a su niñez
y trae noticias de sus vidas pasadas,
un trozo de madera preciosa,
una punta de lanza
que se incrusta en la piel
de los animales muertos,
una rama de olivo
que se meció en los picos de las aves.

Desde aquí ya no hay rastro del diluvio;
sin embargo, al verte
la lluvia se te escapa
y cuando pones tu mano en mi pecho
tu puño es la piedra que se hunde
en medio del estanque

y desciende en zigzag,
mas su sonido no lo puedo describir: es la poesía.

Su verbo es tan real
como el magma que habita bajo nuestros pies
y que ya viene a mudarnos la vista en el paisaje,
a invitarnos a ser parte del volcán y perecer,
o salvarnos
        en el misterio de los cuerpos
                                        que son uno
y viven para contar su historia.

Un día hablaré de ti y no me creerán,
un día dirás mi nombre
                y se echarán a reír.
Pero vendrán las lavas
y todos moriremos,
pero vendrán las lavas
y de nuevo tus ojos
me harán creer
en la ceniza.

Hallazgo en Altamira

Le hablo al hombre
que dibuja bisontes
en la cueva de Altamira.

Le digo que se detenga,
que no vale la pena
dejar registro
de existencia humana alguna,
que los cazadores
nos cazamos a nosotros mismos,
que fracasamos en un intento de futuro,
que no aprendimos a remendar
las hilachas del corazón
y a la forma del círculo
solo la utilizamos
para forjar monedas.

Le insisto en que no somos dignos
de contar nuestra historia,
que dejamos sobre mesas de fuego
el papel de la creencia,

de lo que conscientemente
nos hacía discernir
entre un atardecer
o el incendio en la casa de la misericordia.

Le digo que ya basta,
que no se atreva,
que para qué tanta lata
en sobrevivir más allá de la memoria.

Pero el hombre de Altamira me da la espalda,
finge no escucharme, no saber que estoy ahí,
y sigue dibujando
sus bisontes.

Ladrones de libros

Todo es mío y nada me pertenece,
nada pertenece a la memoria,
todo es mío mientras lo contemplo.

Wislawa Szymborska

Loado sea el ladrón de la cultura;
el que no puede comprar libros, pero los ama
y siente un escalofrío que le sube al espinazo
cuando abre las páginas vetustas y las huele.

Bendito sea el amigo que deja pasar a su amigo
a su biblioteca personal y presta sus libros
sabiendo que el otro no los va a devolver y no le importa.
Más bendito aun aquel que los devuelve
y se da cuenta de que arranca un pedazo de su piel
u otra extremidad y lo otorga como un pan
al dueño que no entiende lo que pasa.

Alabado sea el coleccionista de rarezas,
el vigía de las primeras ediciones firmadas,

el que deja una lágrima de felicidad
sobre las tapas de cuero;
al que conoce aún el papel biblia
y desprecia hasta las heces los libros digitales.

Que nunca le falte el sustento
a los muchachos que sedujeron a las bibliotecarias de la universidad
para obtener ciertos favores en pro de la lectura
y llegaron a enamorarse realmente,
hicieron el amor entre los anaqueles del mundo
y en cada idioma que aprendieron dejaron un orgasmo.

Que nadie olvide las librerías de segunda mano
donde dos aprendices de poetas
se las ingeniaban para distraer al vendedor
y en sus mochilas escondían los libros de Shelley,
de Szymborska, de espíritus cuyos nombres
fueron escritos sobre el agua,
o alucinaron en baratos hoteles de una noche,
o se tendieron a la piedra del sol
a ver pasar ovnis de oro bajo la noche estrellada.

Que nadie los ofenda a los lectores,
que los dejen ahí, con sus libros,

en un instante del paraíso,
pues el infierno que les espera —según Dante—
es tan solo vivir sin esperanza.

Al final, después de todo,
no nos saldrá tan caro delinquir
y la belleza más grande consiste
en llevarnos a casa
lo que nos fue prohibido.

De *En honor del delirio*

El Ángel Editor, 2017

Esta es la casa

de la mujer que yace muerta
en la Calle Río Neva.
Estos son sus pies,
su corona de espinas que se inscriben
contra el cuerpo que silva una tonada.
Esta es la carta que se responde a solas
cuando la dicha nos esconde
sus miles de ciudades,
los gendarmes que posan
para la eternidad en un triciclo,
en la insensatez de una puerta,
en un sillón en llamas.
Esta es la dirección
que no supo la alegría,
el piso donde el agua corre con tranquilidad
por todo el aposento
y desde la bañera insiste en lavar
todo trazo de tragedia:
Los cabellos nefandos,
los brazos verduzcos y ateridos,
las piernas que no podrán correr hacia la lluvia

y sobre todo las palabras.
No poderle ordenar al sol que salga,
no poder nombrar el beso
en la mejilla del amigo,
no pronunciar aquel último verso
en ese cuaderno de papeles amarillos
que caen y se mojan y donde estaba escrito:
«Dichosos los que pueden
decir adiós a los suyos,
los que antes del vuelo
son llevados en silencio de la mano
a contemplar el agua clara de las lágrimas.
Dichosos los que comen el pan del perdón
cuando en su paladar se guarece
una mentira o un ángel.
Dichosos son aquellos
que no son encontrados
diez días después de su deceso
y tienen que ser enterrados de emergencia,
sin decoro alguno,
en una fosa prestada
y en un país ajeno.
Dichosos son quizás,
aquellos para quienes hay un lugar

más allá de la muerte,
y son recordados
y reciben visitas en un lecho
con epitafio a gusto
y letras sobre mármol».
Eso decían aquellos papeles amarillos,
pero hay cosas peores,
están quienes heredan tan solo
los tatuajes del viento y la risa de la calavera,
los que tratan de gritar aferrados a un retrato,
cuyos ojos nos persiguen en la noche,
los que se hunden en una bañera
y respiran el agua de la desfloración
y se desbordan
ante la vista precaria de los dioses.
En esta casa
hay una mujer que yace muerta
mientras los automóviles
calcan su tránsito vacío en las afueras,
y los detectives se tapan la boca con un trapo
y buscan números telefónicos
o algún indicio de una ligadura de una poeta con la tierra.
Pero ya solo hay tiempo para la desesperación
y el entierro en el cual no hubo oraciones.

Hasta el día de hoy,
el río sigue corriendo
quizás con la intención de conocer el mar,
o tenderse sobre al alma de Eunice,
como decir un sol,
y evaporarse.

De *La hija del agua*

Amargord Ediciones, 2018

La candela

La noche en que se quedó sin luz
por no poder pagarla,
el poeta encendió una candela
y la puso a un lado de su biblioteca.

Sentado ahí, leyó,
garabateó algunos versos
y se quedó dormido por cansancio.

La candela permaneció encendida largo rato
y cayó sobre el papel,
devorando en pocos segundos
lo que tardó por siglos escribirse.

Exiliado de su propia casa hecha cenizas,
el poeta se encuentra en la calle
a un viejo enemigo de la escuela
que al mirarlo le pregunta:
—¿Todavía sigues escribiendo poemas?
Y él, que nada ha tenido ni tendrá,
sin verlo le responde:
Sí, todavía.

Apuntes para una deidad

Sobre mi lengua hay un caballo.
Cuando todo el mundo ha dormido se levanta
y como el aire, frecuenta los aposentos de mi casa.

No se deja tocar, pero lo escucho vacilante
en el andar del frío, alargándose
como un arpegio de guitarra, ahí,
donde la tinta tiembla en la suave memoria.

Él sabe que las sombras galopan,
que los caballos se pierden en la noche,
que descienden de las estatuas
con la altivez de quien conoce su estirpe,
que no serán materia del olvido
ni del sueño flagelante.

De una cornisa a otra, pueden saltar sin que los mires.
Bajo la luna los oyes relinchar
si sabes que su fuerza proviene de la niebla,
del viento que agita la crin de los presagios,

del camino que se ha hecho
para el trotar de sus cascos.

Los dioses no se atrevieron a tocarlo;
por eso lo dejaron libre en las sabanas,
contemplaron su gloria con un poco de envidia,
y entonces mandaron al hombre para domesticarlo.

Por eso seremos siempre pobres,
quisimos someterlo a la espuela y al látigo,
lo llevamos a morir en batallas que eran nuestras,
y condenamos sus lomos al trasero del rey
que entró triunfante en la tierra del saqueo.

Y, aun así, humillados,
son tan nobles que pudieron entregarse al llanto por
nosotros;
fueron capaces de llevarnos a casa
cuando nos hiere la flecha del alcohol.
Nos reconocen al silbarles en una estepa oscura
o en una playa irreal de blanca arena.
Hasta pueden hacerse de madera para jugar con niños.

Lo cierto es que no merecemos su perdón.

Unos dicen que los veremos en el cielo
la noche del Apocalipsis;
otros, que surgirán del mar, sedientos, musculosos,
para anunciar la fina metáfora del caos.

A mí lo que me da miedo
es que no vuelva un día mi caballo
y en mi lengua solo quede
la continuidad de su ceniza.

Mientras mirábamos una fotografía de Vallejo

Partimos de la premisa
de que el poeta es un ser de las sombras.
No como un ángel gótico,
con una flor maldita en los bolsillos,
sino simple y llanamente, de las sombras.

Nadie le dijo que eligiera el fracaso,
ni que se contuviera de reír
en las más raras circunstancias,
pero el poeta acaso fue llamado
a servir de testigo a la infelicidad,
le fueron encomendadas
ciertas dosis de sufrimiento
y unos gastaron su dolor de tal forma
que llegaron, como Pessoa,
a fingir el dolor, para sentirlo.

De nada les sirve la verdad,
ni morder con sus dientes postizos
la cabeza de un fénix.
A los poetas no les va bien

posar para las fotografías;
usualmente salen pálidos o despeinados,
demasiado flacos o demasiado obesos,
y sus ojos de hambre
siempre están mirando hacia otro lado.

Un día me encontré una foto de Vallejo,
estaba haciendo la limpieza anual de vacaciones
y cayó desde una de las estanterías de la biblioteca.
Tú miraste al suelo y la cogiste,
y tomándola de una de las esquinas me dijiste:
«entonces es así como terminan los poetas».
No dije nada, la desempolvé
y la volví a guardar entre la página 23 y 24 de Trilce.

Quizás tenías razón.
Es posible que algún día
termine viejo, apoyando mi cabeza en el bastón,
con un par de valijas cuyo adentro ignoro,
esperando el tren
que no ha de llegar a la estación jamás,
sino tal vez a unas pocas palabras
o tachones que se extienden
de un lado al otro de lo que fue mi vida.

Y es que a veces quiero reír, pero me sale mal,
y es que a veces te oigo llegar
desde la habitación
y se convierte en espuma
tu rostro si lo toco.
Me canso de tener un trabajo normal
y que me crean respetable.

Pero volviendo a lo que estábamos;
ah, sí, los poetas son seres de sombras,
y a pesar de sí mismos, un día
tienen la necesidad de iluminarlo todo.
Entonces buscan la tinta,
repletan sus bolsillos con los poemas
que no les dio tiempo de escribir,
se fuman un cigarrillo, lo apagan con la lengua
y así, ante la atenta mirada
de aquellos lectores que aún no tienen
salen hacia la noche sin fin,
convertidos en una gran
                    antorcha humana.

En defensa del zapato

Barman,
zapatos para todo el mundo
¡Yo pago!
César Young Núñez

Cuando se gasten mis zapatos,
cuando mis dedos se asomen por sus orificios
y las plantas de mis pies se sientan
más cerca de la tierra debido a lo débil de las suelas,
no los regalaré ni los echaré a la basura.
Seguiré usándolos como el primer día
hasta que se tornen grises o yo me torne gris,
y lo único reluciente, casi nuevo, sea el camino.

Juro que no enviudarán jamás estos zapatos;
que no envidiaré el brillo de los mocasines
en las tiendas de los centros comerciales.

Perfectos serán para mi paso
como dos perros fieles disecados,
curtidos por el sol y por la lluvia,
compañeros del barro y de los azulejos
donde un pequeño Dios tatuó sus huellas.
¿Acaso Dios no usó también zapatos?
No me lo imagino haciendo sus milagros,
caminando entre los corales de la playa,
                    en uno de sus templos,
u orinando junto a mí en el baño del bar
                    con los pies descalzos.
Ciertamente tuvo que haber tenido zapatos
y estaban más gastados y sucios que los míos.

Dicen que para humillarnos
la muerte nos obliga
a entrar descalzos en su reino.
Sin embargo, los hombres más recios que he conocido
murieron con las botas puestas:
Thoreau, Mandela, mi abuelo Mario
que no sabía escribir, pero hablaba en poesía,
pidió que lo enterraran con zapatos.

A veces tengo la seguridad
de que si salgo a la calle en medio de la noche
me lo encontraré caminando y me dirá:
El día que te sientas cansado
y decidas hacer una casa
hazla en forma de zapato.

De *El año de la necesidad*

Ediciones Diputación de Salamanca, 2018

El sabor de la manzana

y me preguntó
casi me suplicó que le dijera
qué sabor tenía
la manzana.

Ana Ilse Gómez

Aún recuerdo el sabor de la manzana.
Sobre mi paladar era una nube palpitante.
Su consistencia carnosa era capaz de redimir las piedras,
de sembrar una multitud de vástagos en lo hondo del sueño
para escapar, descalzos, del viejo paraíso.
No tienes idea, ángel mío, del placer que se esconde entre la culpa
al hundir el diente y devorar, desesperados,
el jugo de la ciencia y de la vida.
Vale la pena parir con dolor, arar la tierra,
llenarse la piel de cardos y malezas
por un trozo de aquella fruta primigenia,
de aquella joya umbría del jardín.
Ya deja de culpar a la serpiente, ángel mío,
y de sentir pena por mi cuerpo que envejece.

Si conocieras el sabor de la manzana
tus alas y tus ropas caerían a los pies del árbol
y sin mirar atrás,
                me seguirías.

(Inédito; 2020)

La candela

La noche en que se quedó sin luz
por no poder pagarla,
el poeta encendió una candela
y la puso a un lado de su biblioteca.

Sentado ahí, leyó,
garabateó algunos versos
y se quedó dormido por cansancio…



Colección
Lima Lee

